

1. LUGAR DE AUTOR

La Biblioteca de mi padre¹

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

Recibido el 15 de junio de 2015

Aceptado el 3 de julio de 2015

El primer personaje de ficción que me sedujo fue el pirata Morgan. Tenía diez años cuando leí las cinco novelas de Salgari en las que aparecía. Estaba en quinto básico del Don Bosco cuando el profesor Urbano Mérida estableció, los viernes, una hora de lectura, la última de la mañana, ese momento en que estábamos cansados de aprender y esperábamos, impacientes, el timbre, la llegada de nuestros padres, cualquier cosa que nos sacara del colegio. El profesor Mérida guardaba muchísimos libros en un armario empotrado en la pared, y al principio de la hora los abría y nos dejaba escoger el que queríamos. Esa hora solo leíamos, a veces en silencio y otras no tanto, porque había compañeros a los que no les interesaba esa actividad y se ponían a tirarse papelitos y a contarse chistes en voz baja. Fue en esa clase de lectura que descubrí que me gustaba leer libros; me enamoré de la experiencia. Descubrí a Salgari y me puse a leer todos los que encontré de él; los del pirata Morgan eran mis favoritos. De hecho, Morgan fue el primer personaje literario que me fascinó. Yo quería ser el pirata Morgan. Poco después fui a ver una película basada en sus aventuras, y no era lo mismo: prefería las novelas. También descubrí las novelas de Julio Verne y los cuentos de

¹ Este trabajo fue publicado recientemente en el libro *Segundas oportunidades* a través de la editorial Universidad Diego Portales.

Conan Doyle. Y leí *Moby Dick*, la versión corta, aquella para un público juvenil que se concentra en la caza de la ballena y se salta todas esas gloriosas páginas en las que Melville va acumulando significados sobre Moby Dick hasta convertirla en un símbolo del infinito. Fue un año de gloria. Nunca volví a ser el mismo. Hasta hoy persigo la estela del placer que me deparaba esa hora de lectura los viernes antes de irme a casa. Esa entrega gozosa, arrobada, es el parámetro a partir del cual descubro la pasión –o falta de– que me depara un libro.

A los niños les gusta la repetición, el confort de lo familiar, pero no es que de mayores cambiemos tanto. Nos tienta regresar al mundo que nos dio placer, y mejor si hay algo de diferencia en la repetición. Es suficiente ver la popularidad de los detectives que aparecen una novela tras otra –Fred Vargas, Arnaldur Indridason, Leonardo Padura: el éxito de un escritor de policiales muchas veces se mide a partir de la creación de un personaje memorable–, la forma en que el cine nos llena de precuelas y secuelas, y la televisión nos engancha con nuevas entregas de nuestras series favoritas. Quienes escribimos lo vivimos en carne propia: nunca falta el lector que sugiere que deberíamos continuar con una historia. A veces nosotros mismos estamos tentados de hacerlo.

*

A los once años descubrí en la biblioteca de mi padre las novelas de Agatha Christie. Leí una de ellas, *El secreto de Chimneys*, y me quedé en el mundo de la Christie por el resto de mi adolescencia. La principal razón no tenía nada que ver con su prosa funcional; tampoco con sus argumentos rebuscados, de muertes con dardos envenenados en un avión, aunque estos llamaban mi atención, sobre todo porque la novelista inglesa fue una maestra en el arte de estirar hasta el infinito el *ars combinatoria* del policial. Era el personaje principal quien me seducía. Hércules Poirot, el detective belga, andaba por el mundo resolviendo casos con displicencia. Bajo de estatura, calvo y con mostachos, Poirot era una figura cómica, un pariente cercano de Chaplin. Gracias a él revisé cada una de las librerías y revisterías de mi ciudad –no eran muchas–, hasta dar con casi todas las novelas que escribió la Christie (y me decepcioné a veces, al descubrir que el personaje principal era Miss Marple).

Poirot me sedujo porque para él no había misterio que no pudiera ser resuelto usando las “células grises”. Él era un descendiente en línea directa de Auguste Dupin y de Sherlock Holmes, quienes habían ayudado a consolidar la figura del detective como el arquetipo de la razón en Occidente. El detective era aquel que, gracias a su intelecto, podía desbrozar enigmas y conminar el caos social al orden. Los robos y asesinatos que ocurrían en las páginas de Poe, Doyle y Chesterton eran transgresiones temporales a la ley, que en el último capítulo encontraban su castigo. No es casual que el género policial haya aparecido en el siglo XIX, tiempo de románticos y revolucionarios, y también de hijos de la Ilustración todavía capaces de apostar, pese a la enorme cantidad de pruebas en contra, por el imperio de la racionalidad. El género era también la fábula de una clase media cada vez más segura de sí misma en Europa, que creaba sus figuras heroicas de este lado de la ley en vez de seguir romantizando a los bandidos; los detectives usaban la razón para defender la propiedad privada. En mis días colegiales yo también creía en ese imperio, y no encontraba mejor modelo que el de ese género para asegurarme que la presencia desenfadada de las múltiples formas de corrupción en nuestro entorno terminaría con la restauración de la ley. Grandezas y miserias de la adolescencia.

Hoy Poirot me parece una figura anacrónica, alguien que vivió el siglo XX sin ser tocado por este. El siglo XX dejó de lado el modelo analítico, intelectual, inglés del policial, y lo sustituyó por el modelo norteamericano duro, el de Hammett, Chandler y Cain. El policial del siglo pasado, más que afirmar la Razon, terminó mostrando sus límites, y de paso nos reveló la corrupción de la sociedad moderna. Los detectives que me atraen ahora son precisamente los del género negro, de métodos menos ortodoxos que los cerebrales, a veces tan corruptos como sus perseguidos, y que encontraron en el cínico y a la vez romántico Humphrey Bogart su mejor encarnación en el cine; en América Latina, la mejor versión de esta figura es la de Rubem Fonseca, que en Mandrake logró crear un modelo para el continente: el del detective que ha perdido la inocencia, que se enfrenta a los supuestos custodios del orden (“mi negocio consiste en arrancar a la gente de las garras de la policía”) y sabe que el mundo es amoral pero eso no le impide tratar incluso casos de corrupción política (y resolverlos, por más que eso no signifique mucho a la larga).

También me atrae Lönrrot, esa genial creación de Borges, a quien le bastó un solo cuento para actualizar el arquetipo del detective para nuestros tiempos descreídos: aquel que cae en las trampas de la razón, aquel que se enreda en los laberintos del intelecto para terminar derrotado por este. En las últimas décadas, Paul Auster ha entendido la propuesta borgiana y la ha radicalizado. En Borges, al menos, hay una solución al enigma, aunque el culpable del crimen no recibe ningún castigo y es el vencedor del duelo. Auster, en *La trilogía de New York*, no solo crea un detective derrotado, sino también sugiere que ni siquiera hay soluciones al misterio. Más allá de estas figuras de la ley, en el género se vive hoy, como dice la crítica Francisca Noguero, “el triunfo del criminal”. Fonseca tiene a Mandrake, pero en sus cuentos muestra una mayor fascinación por la figura del criminal que por la del agente del orden.

Una historia de la literatura del siglo XX debería estudiar el progresivo avance de dos géneros “menores” y populares, el policial y la ciencia ficción, sobre las canónicas aguas de la literatura de corte realista. Autores contemporáneos del género policial, como Henning Mankell, Andrea Camilleri, P.D. James, Michael Connelly y Dennis Lehane son respetados y son pocos los críticos que los consideran “menores”. Por otro lado, casi no hay autor “serio” en cuyas páginas no se encuentre una reescritura del género policial: Ricardo Piglia, Roberto Bolaño, Juan José Saer, Margaret Atwood, el Martin Amis de *Tren nocturno*.

En Bolaño, además de los guiños de *Los detectives salvajes* al género y de esa magnífica “novela” policial que es la cuarta parte de *2666*, sobresale “El policía de las ratas”, un cuento que reinscribe un texto clásico de Kafka, “Josefina La Cantora”, en el esquema del policial. El detective de Bolaño, Pepe el Tira, es una rata que investiga la muerte de otras ratas. La creencia de la comunidad es que las ratas mueren a manos de otras especies más fuertes –comadrejas, serpientes–, pues “las ratas no matan ratas”. Sin embargo, en sus investigaciones, Pepe el Tira descubre que “las ratas somos capaces de matar a otras ratas”. ¿Es la pulsión criminal una anomalía de una rata individualista o parte de la naturaleza de la especie? Se desconoce el origen, pero sea como fuere esa pulsión existe y es un veneno, un virus que ha infectado a todo el pueblo. Pepe el Tira sabe ahora que las ratas están “condenadas a desaparecer, lo que equivalía a que nosotros, como pueblo, también estábamos condenados a desaparecer”.

En Bolaño no hay ninguna nostalgia de Holmes o Poirot, pero todavía continúa la fascinación por las figuras de la ley. Esas figuras, que servían para dar fe de la inteligibilidad del universo y de la autoridad de la razón en medio del desorden social, existen hoy para articular una reflexión existencialista en que el mundo se revela sin sentido y la especie, a la manera de Sísifo, “condenada desde el principio”, no se arredra, continúa luchando y marcha en busca de “una felicidad que en el fondo sabe inexistente”.

*

Los escritores inventamos nuestra biografía intelectual y nos creamos un linaje en el que solo están las cumbres. Mencionamos entre nuestros mentores a Vargas Llosa, Naipaul, Woolf, Lispector, y nos olvidamos de esos otros libros “menores” o populares que leímos y que quizás nos influyen de una manera más profunda que los grandes. Recuerdo con claridad el sacudón que fue para mí leer *Ficciones* a los catorce años, ese momento fundacional en que me dije que si eso era la literatura, entonces quería ser escritor; a esa misma edad me deslumbraron *Cien años de soledad* y *Lolita*, que descubrí de casualidad en la biblioteca de un tío en Santa Cruz; sin embargo, hoy no sería el que soy sin esos otros libros que leí en un momento en que mi capacidad para absorber lo que caía en mis manos estaba en su punto máximo.

Había comenzado con Salgari a los diez años, en el colegio. A los once, descubrí la biblioteca de mi padre y me puse a explorarla sistemáticamente. Estaba en la parte de atrás de la casa, en una pieza recién construida que usábamos como comedor y sala de juegos, y que llamábamos “pieza nueva”. A un costado se encontraban los libros de ginecología; al otro, las novelas, desde las publicadas por Losada que papá se había traído de su exilio en el Buenos Aires de los años 50 (*La vorágine*, *El estruendo de las rosas*), hasta las de colecciones españolas de *best sellers* recientes (Morris West, Leon Uris). Abría un libro al azar y lo comenzaba a leer y si me enganchaba podía continuar por horas. Todo muy diferente de estos tiempos en que llego a los libros después de leer múltiples reseñas y escuchar las recomendaciones de amigos en quienes confío. Son tantos los libros y no quisiera perder mi tiempo con algo que no me va a gustar. Quizás he

ganado en el porcentaje de libros leídos que admiro, pero he perdido un poco de la capacidad para la sorpresa de mis inicios.

En la biblioteca de mi padre encontré los libros de Erich von Däniken. Este reduccionista suizo defendía la idea de que los extraterrestres habían estado aquí antes que nosotros y eran los verdaderos creadores de nuestras principales civilizaciones, responsables tanto de las líneas de Nazca como de las pirámides egipcias y las estatuas de la isla de Pascua. Leía y veía las fotos que apoyaban las teorías y no sé si me lo creía todo, pero al menos estaba dispuesto a dejarme maravillar y no descartarlas. Con los años se ha demostrado que Von Däniken falseó muchas cosas –por ejemplo, contrató a un alfarero para que hiciera vasos de cerámica mostrando imágenes de platillos voladores, y presentó esos vasos como si hubieran sido descubiertos durante excavaciones arqueológicas– y que sus ideas eran un refrito de *El retorno de los brujos*, un libro popular en los años 60 que exploraba entre otras cosas la conexión entre el nazismo y el ocultismo, y sostenía que los primeros astronautas en la tierra fueron visitantes extraterrestres. No he vuelto a leer a Von Däniken, pero hoy me asombro ante la capacidad de la literatura para imponer sus ficciones a la realidad: algunos críticos de *El retorno de los brujos* señalan que el libro le debe mucho a algunos cuentos de Lovecraft, con lo que se puede concluir que mis padres y yo, al leer a Von Däniken y creer en sus teorías, éramos lovecraftianos sin saberlo. Y ni qué decir de un par de generaciones en los años 60 y 70.

A papá también le gustaban los *best sellers*: leía a Sidney Sheldon y a Irving Wallace con placer. Yo me saltaba las páginas buscando las escenas pseudoeróticas, que eran muchas (poco después descubrí las memorias verdaderamente pornográficas de Xaviera Hollander y me olvidé de Sheldon y Wallace). Las novelas policíacas eran otra cosa: había estantes enteros dedicados al género, que yo devoraba, y eso preocupaba a mi madre. Decía que me crearían una mente morbosa. Para contrarrestar la influencia nociva de *Asesinato en el Orient Express* y *El misterioso caso de Styles*, me compró las obras completas de Shakespeare, que leí entusiasmado: el autor de *El mercader de Venecia* era más morboso que la Christie.

Había otros libros en esa biblioteca. Mucho Jardiel Poncela, que me hizo entender que el humor podía ser tan absurdo como inteligente. Política e historia bolivianas, y también literatura clásica. Pero de esos no me acuerdo tanto como

de Von Däniken y la Christie. Debe ser por algo.

Hace poco estuve por Cochabamba y fui a husmear en la biblioteca de mi padre. Está ahora en la casa donde vive mi padre con su segunda esposa, en el cruce de la Taquiña, en la que solía ser la casa de campo de mi infancia (la ciudad avanza y el campo no es más el campo). Acumula polvo, en estantes en un par de salas. Encontré, lado a lado, las viejas ediciones de Jardiel Poncela, compradas en Argentina en los 50, con las nuevas, de Cátedra, que papá, en un ataque de nostalgia, me había encargado una década atrás. Todo un resumen de la forma en que se mueven los libros en una biblioteca, el viaje de Jardiel Poncela al canon. Hojeé *¡Espérame en Siberia, vida mía!*, me reí con las ocurrencias del dramaturgo español (“Atravesar el mundo de parte a parte: he aquí el ideal de los turistas yanquis y de los cañones Krupp”), me sorprendí ante su modernidad (un prólogo tras otro, interrupciones al fluir de la historia con comentarios metaliterarios, dibujos, etc.), pero luego me cansé de seguir su ritmo. Complicada la tarea de intentar hacer reír en cada párrafo. Jardiel Poncela era otro autor que algún día plagié, aunque esos plagios no tuvieron tanto éxito con mis compañeros (si uno conoce a su público, hay que saber hasta a quién plagiar).

La biblioteca de mi padre había incorporado varias capas. Estaban los libros originales, luego los libros que él había ido comprándose en mi ausencia – ediciones pirata, sobre todo, adquiridas cerca del edificio central de Correos, ya que no es fácil conseguir novedades en Cochabamba–, y también los que yo había ido dejando en su casa durante las vacaciones, desde los libros de mis tiempos de estudiante en Argentina –mucho Kundera, Hermann Hesse, Umberto Eco–, hasta los de mi paso por Alabama –Julian Barnes, *Staring At the Sun*–, Berkeley –las obras completas de Octavio Paz–, e Ithaca –David Mitchell, Don DeLillo, Margaret Atwood.

No tuve nostalgia de lo que había dejado atrás. Me sorprendió descubrir cuántos libros había ignorado en primer lugar (los *best sellers* de Leon Uris y Morris West). Encontré *El segundo sexo*, el libro que le había cambiado la vida a mi madre y la liberó, llevándola a dejar su vida de ama de casa y a trabajar de relacionadora en una agencia de publicidad. Me llevé las memorias de Víctor Hugo Viscarra, *Borracho estaba pero me acuerdo*, y un par de libros de Hesse y Dickson Carr que me interesaba releer. Y pensé que en Buenos Aires, cuando me

fui, le había dejado mi biblioteca a mi amigo Carlos, y en Alabama, a Dan Tripp, que vivía conmigo en mi último año. En ambos casos les pedí que me la cuidaran por tiempo indefinido, que en algún momento volvería en busca de mis libros. Pero nunca volví, y comencé de nuevo en Huntsville y Berkeley. Definitivamente, no tengo una idea posesiva de los libros, me gusta que circulen, e incluso los maltrato al leerlos, doblando el lomo hasta sacarle arrugas, como para tener pruebas de que avanzo en mi lectura, mientras en mi cabeza voy sumando las páginas (si el libro tiene 423, lo divido en diez partes, de modo que mi primer objetivo de lectura es llegar a la página 42).

Me despedí de la biblioteca de mi padre. Alguna vez había sido también mía y ahora ya no lo era. Estaba bien así, había cumplido su función: me agarró entre sus estantes, me acogió, y después de darme el impulso necesario me despidió para que yo volara en busca de otros mundos en los cuales quedarme y perderme.